

La Revolución francesa: del mito al problema histórico

JUAN DEL AGUA *

CREO que el paso del uno al otro, del mito al problema histórico, es el rasgo más importante de los estudios más novadores aparecidos con motivo del bicentenario de la Revolución francesa. Dicho con otras palabras: la Revolución no se ve ya como un acontecimiento cuasi providencial que divide sacralmente la historia francesa en un *antes* y un *después* irreconciliables y antagónicos, como el paso de las tinieblas a la luz, sino como el comienzo violento —como una ruptura— de una trayectoria histórica, de una larga etapa de la historia nacional cuyo fin parece haber comenzado. Después de varios intentos, *la Revolución ha terminado* y hay que ponerse a *pensar la Revolución*, como ha dicho Francois Furet, para poder emprender nuevos rumbos.

En realidad, el mismo historiador lo subraya agudamente, la *creencia* en la revolución terminó a finales del siglo pasado y lo que han hecho desde entonces los franceses —casi siempre en medio de una fuerte discordia— ha sido vivir en democracia. Y la cuestión que se plantea, cuando el hartazgo de discordia y fraseología progresista se han hecho en exceso evidentes, es si se puede continuar viviendo colectivamente de la rutinaria gestión de la herencia revolucionaria o si es indispensable innovar. Esta cuestión, al desmitificar el fundamento credencial revolucionario sobre el que ha vivido la nación con fe un siglo y trampeando otro más, al poner la Revolución «en su sitio», ha obligado a los historiadores a reconsiderar la otra *vertiente* de la modernidad, la llamada Edad Moderna en que 1789 hunde sus raíces, y se está llevando a cabo una profunda revisión de casi medio milenio de historia.

No es ésta, ciertamente, la primera vez que se emprende la inmensa tarea de ver con ojos críticos las luces y sombras de estos siglos tan capitales de la historia de Francia, pero en la actualidad la situación desde la que se cuestiona es bien distinta de las anteriores. En primer lugar, las revoluciones en el mundo ya no levantan ningún entusiasmo y las diversas *perestroikas* no son, *por de pronto*, más que la confesión del espantoso callejón sin salida en que se han metido los pueblos que las han padecido en el siglo XX. Hoy, por tanto, todo el mundo sabe a qué atenerse al respecto. Por otro lado, desde hace más o menos unos quince años, en Francia y, supongo, en otros países de Europa, la venta masiva de libros de historia —más o menos documentados y bien escritos— pensados desde los

* 1941. Catedrático de Filosofía.

hechos y no desde los postulados de la «historia-ficción» muestran, por el número de lectores y ejemplares vendidos, el deseo de conocer el pasado y tomar posesión de él, de recuperar las raíces históricas y dar mayor consistencia y espesor al presente, tierra firme desde la que se prepara el futuro. Por último, y en conexión con lo expuesto, la paulatina desaparición de las construcciones según las normas de la Bahu o de Le Corbusier —me refiero no a los edificios «oficiales» ni de «prestigio» que continúan en la mayoría de los casos siendo arbitrarios y de gusto dudoso, sino a las construcciones individuales y los edificios sin «pretensiones»—, la mayor atención prestada a la salvaguardia del patrimonio arquitectónico, la renovación inteligente de los cascos viejos de numerosas ciudades y el resurgimiento del sentimiento religioso están cambiando el *sesgo* de la vida cotidiana, cada día más alejado de la utopía, del espíritu de abstracción, del reduccionismo arbitrario y de la propaganda envilecedora. *El cambio hoy es social* y las posibilidades de llevar los nuevos anhelos a buen puerto mayores que en tiempos más o menos recientes.

Esta nueva atmósfera cultural ha sido decisiva en la eclosión y aceptación de las interpretaciones más veraces acerca de la Revolución francesa. Lo cual no quiere decir que no existan innumerables «residuos» de la mentalidad que se está abandonando, ni que la arribada a un nuevo puerto sea para el inmediato mañana. Los molinos de la historia, decía Ortega parafraseando a Hornero, muelen despacio, y la vida es reino de libertad, por consiguiente, insegura; pero no es menos cierto que *ya* se ha emprendido una nueva trayectoria. Lo que no puede predecirse es el desenlace. Sólo puede recordarse que en situaciones normales o de escasa «anormalidad» circunstancial, el destino de los individuos y de los pueblos está en sus manos, depende de su inteligencia y de su voluntad.

Precisamente, los cambios sobrevenidos en la vida francesa en los últimos quince años provienen no sólo de un rechazo de lo que se manifiesta como inconsistente, muerto o sin futuro, ni del deseo de una vida más pujante, interesante y con mayor peso o enjundia, sino del *ahondamiento* en algunos de los valores de los que se ha vivido hasta ahora: *los derechos del hombre* proclamados solemnemente en agosto de 1789. No se trata, por tanto, de ningún rebrote reaccionario —ha habido en la celebración del bicentenario algún gesto agrio y reaccionario, pero no ha tenido eco; la exaltación «revolucionaria» de la Revolución tampoco—, sino de un fenómeno bastante nuevo, *socialmente* hablando: de una continuidad, mejor dicho, del intento de una continuidad creadora en la que *no se olvida nada* y se conserva lo que tiene posibilidades, *continúa vivo*.

En este nuevo ambiente intelectual, pues, ha encontrado eco la revisión interpretativa de la Revolución francesa. Quien quiera tener una idea de los comienzos más inmediatos de las nuevas interpretaciones, que lea un pequeño libro, inteligente y de gran importancia desde el punto de vista informativo y bibliográfico: *La Révolution en questions*, de Jacques Solé (Seuil, «Points-Histoire», H98), profesor de historia moderna en la Universidad de Grenoble. Dividido en tres partes de cuatro capítulos cada una y titulado de forma interrogativa, constituye una síntesis inestimable acerca de las nuevas maneras de pensar, y tiene una amplísima bibliografía de los traba-

jos más importantes publicados en los últimos treinta años en Francia y en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos e Inglaterra.

En este libro se ve cómo los mitos se han ido esfumando, cómo la realidad histórica ha ido ocupando su lugar, cómo lo que se había tomado como *historia* no era más que invención, muchas veces malintencionada. Imposible aquí de enumerar lo que cambia y lo que queda. Por lo demás, lo «que queda», tampoco queda igual, ya que ocupa un lugar diferente o con valor distinto en la nueva visión del fenómeno revolucionario. Los trabajos posteriores de François Furet (1989) y de su escuela no han hecho más que confirmar las nuevas orientaciones, sobre todo, subrayar la consecuencia de la nueva interpretación: tomada en sí misma la Revolución no se llega a entender del todo. La absoluta necesidad de reformas, la mediocridad de Luis XVI y de sus consejeros, el estado de la nobleza, la situación del cristianismo y de la Iglesia, el estado general de la sociedad francesa, quizá la más civilizada y rica del momento, nada de ello explica —al contrario— que el intento primario de reformar el Antiguo Régimen se despeñara imparable hacia el Terror; que el resentimiento de unos pocos, unido a la codicia de algunos más de los bienes ajenos, decidieran hacer almoneda de un pasado glorioso, de una experiencia histórica excepcional, de una cultura que en muchos aspectos servía de norma al resto de las naciones civilizadas. Como ya lo había adivinado —y empezado a investigar— Tocqueville, las raíces de la Revolución se encuentran en el Antiguo Régimen, y sin una nueva interpretación de éste, no será posible entender completamente lo ocurrido entre 1789 y 1794 y... más de un siglo después. De aquí, los trabajos emprendidos o ya publicados, como ya he dicho, sobre los siglos XVI y XVII. Los de François Furet y su escuela, recientemente anunciados, prometen ser de un gran interés, pero la tarea durará sin duda varios años hasta ver la luz de la imprenta. Piénsese que no se trata tanto de descubrir nuevos hechos como de interpretar con mayor finura y penetración los ya conocidos. Es más, se trata menos de hechos que de ver en que capas del alma europea, francesa, se producen los cambios *sustanciales* que van a llevar, a través de sucesivos «patinazos» históricos y morales, al totalitarismo de 1792-1794. Es decir, se trata de responder a las preguntas que se formulaba al final de su vida Alexis de Tocqueville, a mediados del siglo pasado, y que todavía no han encontrado una expresión que las ilumine en su integridad: «¿Por qué la reforma se convirtió tan repentinamente en Revolución? ¿Cómo la división más violenta ha podido suceder a una unión aparente o real? ¿Cómo un motín ha podido desencadenar una Revolución? ¿Por qué unas costumbres tan suaves, tan humanas, tan afables han engendrado una Revolución tan cruel? Se trata, es bien visible, no de exhumar nuevos hechos, sino de *entender* los que ya se conocen, de ponerlos en su justa perspectiva, de practicar la *razón histórica*.

La nueva interpretación de la Revolución francesa tiene una consecuencia más, en la que todavía no se ha caído del todo; quizá la más importante. Pero hay indicios de que se ha empezado a reparar ya en ella. La interpretación más honda, menos mutilada y abstracta, de la realidad y del hombre que la nueva idea de la Revolución implica está haciendo redescubrir el pensamiento más profundo e

innovador de los últimos cien años, que después de la guerra (1945), la propaganda y demás técnicas de envilecimiento, como las denominaba Gabriel Marcel, han arrancado casi de la memoria colectiva francesa. Me refiero a la filosofía, literatura, teología que se movilizaron para restaurar *la integridad de los planos* que constituyen la realidad: el espesor histórico del presente, la dignidad, libertad y destino de la persona humana, la cuestión del Dios creador; cuestiones todas que la mitología progresista revolucionaria había eliminado del horizonte de la vida cotidiana, y que despojaban al hombre de un sentido perdurable; despojo que se percibe hoy con agudeza. La entrevista que el ya citado Francois Furet ha hecho para la revista *LeDébat* (n.º 55, mayo-agosto 1989, Gallimard) al Arzobispo de París, Jean-Marie Lustiger, bajo el título «La Iglesia, la Revolución y los derechos del hombre», es bien significativa al respecto.

A modo de conclusión. La revisión interpretativa que los franceses están haciendo de su modernidad creo que tiene un doble interés para España. Las consecuencias —y enseñanzas— que se desprenden de los estudios más serios y documentados sobre acontecimientos que tan capital repercusión han tenido en el mundo en los últimos dos siglos, deberían servir para profundizar y enriquecer las interpretaciones más solventes que de la realidad histórica de España se han hecho en este siglo. Y lo que me parece más importante aún. Los cambios de sensibilidad que se están operando en Europa deberían estimular *la continuación española* de la gran empresa de recuperar las raíces creadoras de nuestra civilización común, para, desde nuestra situación y nivel histórico, afrontar innovado-ramente la nueva tarea que espera a las naciones de Europa al alba del tercer milenio. Tarea que si se reduce a lo económico carecerá de aliento creador, de esperanza, de futuro. En última instancia, tal es la conclusión a que llega la «nueva historia» de la Revolución francesa. Repito que no se trata de excluir, retroceder, mutilar, sino de contemplar, añadir, profundizar, *continuar creadoramente*. ¿Sabrá España en esta hora de cambios esenciales e inseguros asociarse con entusiasmo y con todas sus posibilidades en la empresa que Ortega denominara, antaño ya, «el tema de nuestro tiempo»?